

DOLOR

Que este mundo es un valle de lágrimas al que hemos sido desterrados, es un hecho reconocido por todos y sufrido por el propio Jesús; un lugar donde el dolor es una constante que se repite con monotonía, sin apenas pausas fugaces de gozo. El mismo padeció la extenuación y unos pies cansados al marchar por caminos polvorientos, sembrados de guijarros y pedruscos, para explicar su verdadero reino; y sintió, también, el dolor producido por los latigazos que con fuerza rompían su delicada piel, y las punzadas de agudas espinas clavadas en su frente, como hiriente corona de un rey igualmente desterrado a un mundo que no era el suyo. Y conoció el dolor en sus rodillas al caer sobre el duro suelo, agobiado por el excesivo peso de la cruz transportada sobre sus fustigados y heridos hombros. Un dolor que se va acumulando en la fatigosa subida al monte, cubierto de sudor y sangre coagulada; un dolor que alcanzará un tremendo climax al serle horadadas las manos y los pies y levantado en los rústicos maderos, para ejemplo de castigo ante un pueblo entre conmocionado y cobarde.

Pero también sufrió otro dolor más penoso e intenso que traspasa, no ya los poros de la piel, sino que sacude con la intensidad de una potente descarga eléctrica, toda el alma: el producido por la inconsciencia humana, olvidadiza y desagradecida, que lo mismo le aplaude con pasión, que le denigra, niega o se mofa con desprecio; que igual le ruega remedio para males y, casi sin pausa, no recuerda los favores y se une a la muchedumbre que contempla el espectáculo siniestro de su ejecución infame; dolor sentido por quienes le siguieron atraídos por sus palabras y su mensaje y lo niegan todo al menor contratiempo, ahuyentados por el miedo; dolor amargo porque pese a las muchas enseñanzas que prodigó, sus certeras palabras, a sus hechos ejemplares, la dura mollera humana, o el egoísmo ilimitado, prefieren arrojarlas al último rincón de la mente o desvirtuarlas. Pero aquellas hermosas palabras aún resultan audibles, a través del tiempo, y sus mensajes gozan de la permanencia eterna que les otorga haber sido pronunciados nada menos que por todo un Dios cuyo reino, como es lógico, no es de este mundo de dolores y miserias.

Miguel Molina Rabasco